

1

Domingo, 23 de octubre

La noche de su muerte, Rose Shepherd no había podido dormir. A primeras horas de la madrugada, su cama parecía un campo de batalla lleno de calor, violencia, caos. La sábana bajera estaba llena de rugosidades dolorosas; la almohada, dura y rígida. La falta de sueño le había producido dolor de cabeza; tenía el cuerpo agarrotado.

Pero el insomnio era algo familiar para la señorita Shepherd. Había acabado considerándolo como un viejo amigo, como un compañero habitual. A menudo pasaba las horas nocturnas esperando el canto del primer pájaro, el rayar del alba, pues sabía que entonces empezaba a moverse gente en el pueblo. Se podría oír el ruido de una furgoneta camino del primer turno en la cantera, o el retumbar de un tractor en el terreno detrás de la casa. Entonces no se sentía ya tan sola como durante la noche.

Para Rose Shepherd, éste era el mundo. Un ruido en la distancia, una voz a medio oír, un contacto indirecto casi robado. Su vida se había confinado tanto que le parecía estar viviendo en una caja pequeña, oscura. El menor indicio de luz era para ella como un vislumbre de Dios.

A las dos, Rose se había levantado ya dos veces de la cama y empezado a andar por el dormitorio para asegurarse de que aún seguía con vida y era capaz de moverse. La tercera, se levantó para coger una vaso de agua. De pie en medio de la alcoba mientras lo bebía, dejó que los dedos de sus pies se ensortijaran en la moqueta de piel de oveja, aferrados al confort de su suavidad, una agradable sensación que casi la hizo llorar.

Como siempre, había estado repasando los sucesos del día. No había manera de impedirlo. Era como si dentro de su cabeza tuviera un

aparato de vídeo atascado, mostrando siempre las mismas escenas. Si no eran del día que acababa de terminar, eran instantáneas de días anteriores: algunas de años anteriores, de una parte diferente de su vida. Repasaba las escenas hasta el infinito y luego se detenía para preguntarse con angustia si no habría sido mejor actuar de una manera distinta. Y acto seguido volvía a lo mismo, y se regañaba diciéndose que lo pasado no se podía cambiar. Lo pasado, pasado estaba.

Era una de las razones por las que no podía dormir, por supuesto. El cerebro estaba demasiado activo, sus recuerdos eran demasiado vivos. Parecía como si nada pudiera poner freno a los pensamientos que acechaban a su conciencia, cual fieras merodeando en las lindes de la selva, inquietas y aprensivas.

Pero Rose se alegraba de haber salido el día anterior, aunque había estado dudando un buen rato sobre si salir o no. Ningún viaje carecía de riesgos, aun cuando se tratara sólo de ir al pueblo de Matlock Bath, situado a unos cinco kilómetros al otro lado de la colina. A pesar de haberse pasado antes por el centro comercial, había llegado al pueblo demasiado pronto, con tiempo de sobra una vez aparcado el Volvo.

De pie en la alcoba, Rose sonrió pensando en su debilidad. Matlock Bath había estado muy animado, como debería haber supuesto. Al principio, le molestó la cantidad de gente que había en North Parade, y la pusieron nerviosa los motoristas con sus trajes de cuero arremolinados en torno a sus motos y comiendo patatas fritas con pescado de sus envoltorios de papel. Al pasar por delante de dos de ellos, el olor le resultó tan penetrante que estuvo a punto de marearse. Pero eso no podía ocurrir.

Dio lentamente una vuelta sobre la alfombra, intentando conjurar el embotamiento y desorientación que le producía el estar despierta cuando su cuerpo le pedía dormir. Había sólo dos puntos de luz en el dormitorio: la esfera de su despertador, que mostraba las dos y treinta y tres minutos, y el eco de su luminiscencia verde en el espejo de la pared de enfrente. Le resultó difícil enfocar aquella luz, pues no podía estar segura de su distancia respecto del reflejo.

Aún le parecía estar percibiendo el olor a las patatas fritas con pescado, un olor tan intenso que, por unos instantes, le hizo perder la noción de dónde estaba. El tiempo y el lugar empezaron a desleírse: la calle de un pueblo turístico del condado de Derby daba paso a una carretera desértica con olor a pólvora, para volver luego rápidamente a la alcoba donde estaba, con esos dos puntos de luz verde que se precipitaban hacia ella desde la oscuridad. Para combatir el mareo, Rose se apoyó en la pared y luego se sentó en un sillón junto a la ventana.

Sí, se había equivocado. Una gran equivocación la que había cometido el día anterior. Precisamente el tipo de equivocación contra la que había luchado tantas veces. Pero no lo había podido evitar. No había tenido más remedio.

Respiró hondo, tratando de sobreponerse a aquella sensación de vértigo. Durante unos instantes le pareció como si aquellos motoristas hubieran entrado en su alcoba. Oyó el crujir de sus chupas negras, el ruido sordo de sus pesadas botas golpeando la puerta. Y otra vez el frufrrú de los envoltorios de papel, el olor áspero del vinagre. Y, no lejos de su casa, tal vez el rugido de un motor, cada vez más cerca.

Sin embargo, los motoristas habían sido completamente irrelevantes. Mientras Rose esperaba en Matlock Bath, lo primero que había llamado su atención habían sido las empinadas colinas que tenía enfrente, la frondosidad de los árboles y los tejados de las casas que asomaban por encima de éstos en unos emplazamientos aparentemente imposibles. De repente, una fuerte sensación de vulnerabilidad la había impelido a buscar un lugar donde sentirse a salvo.

Rose había pagado la entrada al Acuario y había visto cómo los niños alimentaban a las carpas del estanque termal. Siguió recordando y todavía le pareció sentir la forma del objeto que llevaba en la bolsa de plástico, consciente de que estaba cometiendo una peligrosa estupidez. Pero tal vez nadie había notado su nerviosismo, pues todos estaban demasiado concentrados en sus propios asuntos.

Pensó en tomarse algún relajante natural más. Pero eso significaba ir al cuarto de baño a coger otro vaso de agua; y además, ¿para qué? No, al menos por el momento.

Su médico conocía sus problemas de ansiedad e insomnio. Había acudido a él por pura desesperación, pero infringiendo sus propias normas y sabiendo que era un error. La verdad es que no le había servido de nada. Hay que decir que el médico no había entendido nunca por qué ella no tomaba las pastillas para dormir que le recetaba. Rose se había sentido culpable al ver su expresión de desconcierto, los dedos volando por el teclado mientras le sacaba una receta automática de Nitrazepam. Al final, ella le había dicho que esas pastillas le producían acidez, y él había aceptado la explicación.

Había que tener en cuenta también que se trataba de un médico rural, que no había conocido nunca antes a nadie como Rose Shepherd. Él creía que era sólo una neurótica más de mediana edad. Probablemente no había llegado a comprender que a ella le asustaba más el no despertarse nunca que el no poder dormir.

Rose supo siempre que la iban a matar. Bueno, al menos tuvo siempre ese presentimiento. No recordaba momentos anteriores a aquel presentimiento. Sabía que la iban a matar por la manera como había vivido. Lo único que no sabía era cuándo ocurriría, y cómo. Hacía votos para que fuera de repente, y sin dolor.

Las dos y cuarenta y cinco minutos. La casa estaba en silencio, ¿o no? El despertador de la mesilla de noche tenía un tic-tac casi imperceptible, hasta el punto de que tuvo que aguzar al máximo el oído para asegurarse de que no estaba parado. En el salón, abajo, había un reloj de pie eduardiano, pero aún faltaban quince minutos para que volviera a sonar. Sus cuartos habían jalonado numerosas noches.

En cierto modo, conocer su destino no hacía sino empeorar las cosas. Significaba que vivía con miedo constante a que sonara el teléfono, a que llamaran a la puerta, a que se rompiera un cristal en medio de la noche. Cada vez que salía de casa, creía que no volvería más. Y, siempre que miraba por la ventana, le sorprendía no ver alguna figura oscura en el jardín, espionando su casa. Hacía ya tiempo que le parecía más difícil vivir que morir.

Trató de imaginar lo que dirían los vecinos cuando les preguntaran por Rose Shepherd. Seguro que dirían que era una persona muy suya,

que nunca se paraba a preguntar “hola, qué tal va eso”, ni se mezclaba con la gente del pueblo. Sabían que había vivido sola los últimos diez meses en aquella casa, Bain House, en Foxlow, un lugar perdido en medio de los Derbyshire Dales. Unos le echarían una edad próxima a los setenta; otros, tras fruncir el ceño, afirmarían que aún no había cumplido los sesenta. Pero la verdad es que nadie la había visto lo suficientemente de cerca para pronunciarse con rigor. Tal vez el cartero recordaría un acento que no era de allí, pese a que ella nunca había hablado más de tres o cuatro palabras seguidas.

Y eso era prácticamente todo lo que podían saber de ella. Los detalles de su vida estaban protegidos por árboles frondosos y puertas electrónicas. Y así tenía que ser. Eso era lo que le había salvado la vida hasta ese momento.

Rose estiró las sábanas, recompuso las almohadas y volvió a meterse en la cama. Cuando, diez minutos después, ya casi había franqueado, llena de miedo, los límites de la consciencia, un Mitsubishi Shogun negro con cristales ahumados entraba en Foxlow y se detenía al otro lado de la cancela.

Al salir por la puerta trasera de la última casa de Pinfold Lane, Darren Turnbull vio cómo el coche negro se alejaba de Bain House. Inmediatamente, buscó refugio en un lugar oscuro, lamentando que Stella hubiera insistido en que le pusieran aquella luz de seguridad. Tuvo que atravesar aquella claridad para alcanzar el sendero junto a la iglesia, lo que no le ayudó precisamente a mantener su anonimato. Estaba casi seguro de que algún vecino cotilla lo vería y descubriría el pastel antes de que él pudiera sacar del bolsillo las llaves del coche. A veces, Stella le decía que abandonaba su casa como un ladrón en medio de la noche. Con aquella maldita luz de seguridad, se parecía más a un actor haciendo mutis por el foro. Hizo votos por no tener público aquella noche.

Darren vio cómo el vehículo volvía hacia él desde la otra esquina. Le sorprendió su reducida velocidad. A esas horas de la madrugada, como no había nada de tráfico en aquel tramo de carretera, la mayor parte de los conductores pasaban disparados por un lugar como Foxlow.

Tal vez se trataba de algún viejo carcamal empeñado en respetar los límites de velocidad aun cuando no había ni un alma alrededor.

Aunque, a diferencia de otros colegas suyos, Darren no era experto en marcas de coches, vio que se trataba de un cuatro por cuatro. Un modelo bastante grande, probablemente japonés. A él le gustaban los coches negros. Últimamente había demasiados modelos grises y plateados; todos le parecían iguales. También le gustaban con las ventanillas ahumadas. Resultaba espectacular. Apenas si pudo distinguir la silueta del conductor cuando el vehículo pasó junto a la farola y a la cabina de teléfono.

Finalmente, el vehículo se alejó y Darren empezó a moverse de nuevo, pero sin separarse del muro para evitar así la luz mientras se dirigía hacia la parte de atrás de la casa. Su Astra azul estaba aparcado bajo los árboles de Church Walk. Ahí no había farolas ni ninguna casa desde donde pudieran verlo. Sólo la vieja iglesia en plena oscuridad. Si miraba hacia arriba, hacia la copa de los árboles, podía ver el pináculo de su torre cuadrada recortado en el cielo, con sus pequeñas murallas de piedra que recordaban dientes rotos.

Darren se estremeció al pensar en la iglesia y en su camposanto. De niño le habían dado un miedo terrible estos lugares, e incluso ahora prefería mantenerse lo más lejos posible de ellos. Le traían a la mente imágenes de murciélagos y vampiros, o de muertos que salían de sus tumbas. Asimismo, prefería, siempre que podía, no ir a los funerales. Toda esa gente vestida de negro con caras largas le metía el miedo en el cuerpo. En tales ocasiones, presentaba la excusa de que tenía mucho trabajo, y luego se pasaba a tomar las salchichas envueltas en hojaldre que servían después del servicio.

No tenía la menor idea de por qué Stella había decidido venir a vivir aquí después de divorciarse. A él le venía francamente mal: estaba demasiado apartado de la civilización —a muchos kilómetros de cualquier sitio interesante— y lleno de viejos cotillas que querían conocer cada detalle de tu vida. La ciudad era mucho mejor. Podías moverte por ella sin que nadie supiera quién eras ni de dónde venías. Menos mal que él no tenía que vivir en Foxlow.

Hizo una mueca de disgusto mientras daba marcha atrás con su Astra delante de la cancela del camposanto. Una visita a Stella siempre valía la pena, tenía que reconocerlo. Mientras nadie lo descubriera, claro, especialmente Fiona. Eso sería un auténtico desastre. Lo mataría, seguro.

Darren volvió a sentir un escalofrío mientras se alejaba. Pero esta vez no estaba relacionado con sus supersticiones. La aldea de Foxlow le pareció de repente terriblemente fría.

Unos minutos después, el Shogun giraba en lo alto de High Street y seguía a todo gas por Butcher's Hill. Con la luz larga dada, iba bariendo los setos vivos y los postes de las verjas. Cualquiera que viniera de frente quedaría momentáneamente cegado, lo suficiente para impedirle distinguir la marca o el color del vehículo, y menos aún al conductor. Aquella estrella fugaz de sodio se habría fugado en el mismo momento de aparecer.

Al llegar a la parte baja de la colina, el Shogun redujo velocidad y se paró. Estuvo un momento con el motor en punto muerto, con las ventanillas delanteras bajadas hasta la mitad. Acto seguido, el conductor metió la marcha, giró el volante a la derecha y pisó a fondo el acelerador. El coche entró a toda velocidad por una cancela abierta. Los faros iluminaban intermitentemente conforme el coche avanzaba dando tumbos por una franja de tierra sin cultivar. Con la tracción a las cuatro ruedas activada, el vehículo rugió hasta llegar al extremo superior del terreno, donde giró para bordear los jardines traseros de las casas de Pinfold Lane.

Finalmente, los faros se apagaron y el Shogun rodó a oscuras los últimos metros. Luego se detuvo. Durante unos instantes, hubo silencio; después, el ligero runruneo de una ventanilla al bajarse, el crujido del cuero del asiento al cambiar un cuerpo de postura y un lento y porfiado roce metálico. Con un chasquido final, el movimiento se detuvo. De un punto próximo al asiento del conductor surgieron un resplandor verde y un tenue bip-bip electrónico.

A unos cien metros de distancia, en la casa de Rose Shepherd, el reloj daba suavemente las tres en punto mientras el teléfono de la mesilla de noche empezaba a sonar.

2

Lunes, 24 de octubre

La detective sargento Diane Fry empujó la puerta entornada y pasó con cuidado al otro lado de la cinta. En el vestíbulo, tuvo que apretujarse contra la pared para esquivar una bici pequeña a la que le faltaba una rueda. Había una llave inglesa encima del sillín. Casi tropezó con dos bolsas de basura que estaban completamente llenas de ropa, listas para entregarse a una organización caritativa, o tal vez para ir a la lavandería. Había un fuerte olor en la casa pese al aire frío que se colaba por los cristales rotos de las ventanas.

—Hogar, dulce hogar —canturreó una voz por detrás.

El detective Gavin Murfin se apoyó en la puerta, provocando un ominoso crujido de bisagras y el reventón de una de las bolsas de ropa.

—Diane, espero que te hayas acordado de limpiarte los zapatos —dijo—. No debemos estropear la decoración.

Fry sintió como si se le agarrotaran los hombros debajo de la chaqueta. Desde que había entrado en aquella casa, la ropa se le había vuelto pegajosa e incómoda, y la sensibilidad de su piel parecía haber aumentado de repente, como si sus terminaciones nerviosas hubieran entrado en empatía con los muertos.

—Estate calladito un poco, ¿quieres, Gavin?

Murfin arrugó la nariz y manoseó los envoltorios de caramelos que llevaba en el bolsillo. Fry trató de no hacerle caso. Cada cual afrontaba aquellas cosas a su manera. Gavin se escondía por instinto tras una fachada de frivolidad. En esos momentos Fry necesitaba concentrarse en los pequeños detalles, en las trivialidades que podían perderse fácilmente si se miraba sólo el cuadro general.

Lo primero que necesitaba saber era cuántas pruebas se habían conservado del escenario original, y si se había interferido en él. Saltaba a la vista que en aquella casa de Darwin Street había habido demasiadas interferencias. Para empezar, el correo que debía estar en la mesa del vestíbulo, flotaba en una charca de agua sucia en el suelo. Fry apartó con un dedo alguno de los sobres. Uno parecía contener fotos recién reveladas; otro, la factura del teléfono. Debajo había un par de papeletas para las elecciones municipales, que se iban a celebrar al mes siguiente. Algún político local acababa de perder una votante.

Rodeada por aquellos vestigios de vida familiar, Fry se detuvo un momento y oyó el lento goteo del agua en el techo y el crujido de una ventana astillada. Sus ojos vagaron desde la alfombra embarrada hasta las paredes, que mostraban roces y desconchones producidos por los carretes portamangueras, los aparatos para respirar, las camillas... Su atención se detuvo en el incongruente resplandor metálico de la llave inglesa que parecía estar aún esperando a que alguien la cogiera para cambiar la rueda de la bici.

—¡Argh! La *Mary Celeste*¹, con carbón de más.

Esta vez, Fry no tuvo energías suficientes para contestar a Gavin, y mucho menos para mandarle cerrar el pico. Era demasiado temprano, y se sentía algo deprimida: no le gustaba que la llamaran para este tipo de trabajos. La División E del condado de Derby sólo registraba incidencias como ésta una vez cada diez años, más a menos. Por supuesto, en Edendale se producían incendios como en cualquier otro lugar, pero los incendios con muertos traían mala suerte. Hoy, había mala suerte a raudales.

Al menos la estructura del edificio había quedado intacta. Desde la calle habría resultado difícil saber que había pasado algo grave, salvo por las ventanas rotas y las manchas negras donde las llamas habían lamido los muros. Tal vez una fiesta bullanguera que había

¹ La *Mary Celeste* fue una goleta estadounidense "fantasma" abandonada junto a las costas de Madeira en 1872. Nadie ha explicado nunca por qué fue abandonada. (*N. del T.*)

degenerado en desenfreno. Pero, allí dentro, la historia era muy distinta. Y Fry tenía que descubrir aún si la historia la concernía en algo.

Conforme seguía la pista de aproximación hacia la zona acordada, Fry trató de rebajar la intensidad de sus sentidos. Se dio cuenta de que el pasillo olía un poco como su cocina: a beicon chamuscado y a humo. Cuando le tocara a ella pasar a mejor mundo, era así como imaginaba que sería. Entraría a formar parte de las estadísticas de accidentes de cocina. Sería una víctima más de un tostador o microondas defectuosos. Muerta en pleno desayuno.

Al llegar a las escaleras, giró a la derecha para entrar en el salón, siguiendo religiosamente las planchas para los pies. Según los vecinos, los ocupantes del número 23 de Darwin Street habían sido cogidos por sorpresa. Seis semanas atrás, Lindsay Mullen había encargado una nueva moqueta para el salón. Era de pelo largo y espeso, y tenía el tono crema que Lindsay siempre había querido, pese a que su marido había insistido en que no era un tono práctico: se ensuciaría con nada. Una forma tonta de gastar el dinero.

Era una Royal Wilton color camomila. Según los agentes uniformados que habían tomado las primeras declaraciones, la vecina de la casa de la izquierda había oído toda la discusión sobre la moqueta una mañana cuando Brian Mullen se iba a trabajar.

Fry echó un vistazo al salón. El señor Mullen llevaba razón. La moqueta estaba completamente pisoteada, cubierta por residuos calcinados. Docenas de huellas de bota se habían quedado grabadas en una gruesa capa de barro y suciedad.

El problema era que la puerta de la cocina rozaba por debajo con la nueva Wilton, de manera que no dejaba ningún resquicio para la entrada de aire. Cuando se quemó el sofá, un humo espeso debió de llenar la estancia en pocos minutos, entrando en los pulmones y produciendo escozor en los ojos. Con que sólo un poco de humo se hubiera colado por debajo de la puerta hasta la cocina, habría alcanzado el detector, y el resultado podría haber sido completamente distinto. A diferencia de tantas otras alarmas, la de los Mullen estaba funcionando (le habían cambiado la batería recientemente). Pero

no detectó el humo hasta que fue demasiado tarde. Fatídicamente tarde.

—Los pobres no tuvieron ninguna oportunidad, ¿verdad? —articuló Murfin.

Fry lo miró. Su frivolidad había desaparecido: estaba sudando un poco pese al aire que movía las cortinas desde atrás. Por supuesto, Gavin era un hombre de familia, con sus propios hijos. Había cosas que te llegaban al alma, por mucho que intentaras hacerte el duro.

—Ya. Dicen que es mejor morir por inhalación de humo que quemarse vivo, en fin... —repuso ella, aunque sabía que aquello no servía de nada. Aún tenía la carne de gallina por el espanto que le producían las llamas.

Fry apartó la vista de Murfin para evitar distracciones. En aquella habitación habían metido demasiado material plástico: el televisor, el aparato de vídeo, los expositores de CDs y DVDs y, en un rincón, debajo de una estantería, cajas atiborradas de juguetes. La mayor parte de estos eran ahora un amasijo derretido, unos charquitos de lava multicolor que se habían extendido por la moqueta hasta fundirse con la espuma de los bomberos. Aquí y allá quedaban algunas formas aún reconocibles: los mandos retorcidos de una PlayStation o el borde chamuscado de un tablero de Monopoly. La cabeza y un brazo de una Barbie saludaban desde un charco color marrón, como ahogados en el mar de su propia carne. Otro pequeño fragmento chamuscado la miraba acusadoramente con ojos ennegrecidos.

Luego, un pequeño destello de color llamó la atención de Fry. Un color amarillo brillante, como una mota de sol en la oscuridad. Se agachó y retiró poco a poco la ceniza. Una sección rota de Monopoly yacía a sus pies: Piccadilly y la compañía del agua.

Por supuesto, el verdadero problema había sido la espuma de poliuretano de los muebles. Brian Mullen tenía toda la razón. Lindsay habría gastado su dinero de manera más prudente sustituyendo el sofá barato en vez de la moqueta. El resultado podría haber sido muy diferente. Para empezar, los niños podrían seguir con vida.

Al entrar en la cocina, a Fry le pareció que estaba casi intacta e inmaculada, aparte de unas cuantas pisadas de barro en el piso de vinilo. A juzgar por el estado de los muebles de cocina en tono teca y las paredes pintadas de blanco, nunca habría adivinado que había habido un incendio. Tenía la sensación de quien sale de un plató de cine y entra en otro, donde se está rodando una historia completamente distinta. Este plató daba la impresión de que se trataba de una comedia doméstica inocua: los miembros de una familia desayunando juntos en su cocina inmaculada, todos ellos —mami, papi y los niños— charlando y riendo, y dándose prisa para no llegar tarde al trabajo ni al cole. Pero la otra habitación podría haber sido el escenario de una película de miedo de serie B cuyo equipo técnico ya había recogido todo y se había marchado a casa.

—Diane, ¿quieres que echemos un vistazo ahí arriba? —le preguntó desde lejos Murfin, sin entusiasmo.

—Sí, ahora voy.

Fry echó un último vistazo a la cocina, con su detector de humo en silencio. Reparó en que la placa era nueva también. Una Smeg de última generación. Unas mil libras aproximadamente, calculó. El dinero no era precisamente lo que faltaba en casa de los Mullen, saltaba a la vista.

Volvió por el salón para unirse a Gavin al pie de las escaleras. No estaba segura de que necesitara visitar los dormitorios. Aunque probablemente las víctimas habían muerto en el piso de arriba, no era allí donde se había iniciado el incendio. Si se trataba de un crimen, era en la planta baja donde habría que buscar pistas y pruebas, ¿no?

Mientras Fry seguía haciéndose preguntas, Murfin empezó a subir despacio las escaleras, suspirando a cada peldaño. A Fry no le quedó más remedio que seguirlo.

Los dormitorios no estaban demasiado mal. Era evidente que las llamas no habían llegado hasta allí. Los muebles estaban prácticamente intactos, aunque cubiertos por una capa de hollín. Se habían retirado las colchas dejando al descubierto unas sábanas limpias, sin manchas. El primer dormitorio que vio Fry parecía estar esperando

que Lindsay Mullen volviera a casa para recoger el desorden, si no fuera, claro, por los marcadores que indicaban el lugar exacto donde había caído muerta por la inhalación de humo.

—¿Tienes las fotos, Gavin?

Murfin gruñó y le pasó la carpeta. Fry había visto las fotos antes de salir de casa, y recordaba cómo habían encontrado el cadáver de Lindsay: con un pijama de algodón y con la pierna izquierda plegada, revelando una pantorrilla delgada, blanca. El rostro era lo único que se veía en los primeros planos: vuelto hacia la derecha, con el carrillo izquierdo pegado al suelo.

Pero no era la cara de Lindsay lo que más le interesaba a Fry, sino la posición del cuerpo y el ángulo de los miembros. Giró una de las fotos hasta alinearla con la habitación y verificó la dirección de la puerta. Estaba casi segura de que Lindsay se había equivocado al intentar salir. No era difícil imaginarla en aquella tesitura: cegada y desorientada por la oscuridad y el humo espeso, palpando frenéticamente las paredes en su empeño por encontrar la puerta mientras sus hijos gritaban en el cuarto contiguo. No, no era difícil. Digamos que era tan fácil que resultaba inquietante.

—La siguiente habitación, Gavin —le propuso.

—Es la de los niños.

—Lo sé.

Jack y Liam Mullen habían muerto sin abandonar sus camas, según los informes policiales. Se despertaron por la falta de aire y murieron por inhalación de humo. Murieron probablemente llamando a su mamá.

La casa debía de estar tan llena de humo para aquel entonces que los niños no habrían conseguido llegar hasta la escalera, y menos aún con el pasillo en llamas. No resultaba agradable estar en el dormitorio. Gavin ni siquiera franqueó el umbral de la puerta. Sabía que sus cuerpos habían permanecido allí algún tiempo porque, al encontrarlos sin vida, los bomberos no pudieron proceder a su retirada. Las normas exigen dejar los cadáveres *in situ* mientras el forense recupera pruebas para establecer la causa de la muerte.

Por supuesto, la gran mayoría de los incendios domésticos son trágicos accidentes. Un cortocircuito, un pitillo caído por detrás del sofá, ropa dejada a calentar encima de una estufa eléctrica... Si las muertes repentinas no fueran automáticamente al Departamento de Investigación Criminal, Diane ni siquiera estaría allí.

Fry oyó un frufrú y una tos. Al volverse, vio a un agente uniformado al pie de las escaleras ataviado con una chaqueta amarilla reflectante; en una mano llevaba el casco mientras con la otra se secaba el sudor de la frente.

—¿La detective sargento Fry? —preguntó, mirando hacia arriba—. Me han dicho que estaría aquí. Me ha parecido que debía usted saberlo cuanto antes...

—¿De qué se trata?

—Bueno, hemos estado hablando de nuevo con los vecinos. Deberíamos haberlo descubierto antes, supongo, pero como no preguntamos... Ya sabe lo que pasa..., todo el mundo está consternado cuando ocurre algo así..., y como al marido se lo habían llevado al hospital...

—¡Vaya al grano, por el amor de Dios!

El agente tosió de nuevo y dio unas vueltas al casco con los dedos.

—He estado hablando con la señora de al lado. Dice que acaba de darse cuenta de que debía decirlo... En fin, que parece ser que en esta casa vivían tres niños. La señora Mullen tenía una niña pequeña además de los dos chicos.

Fry volvió la vista hacia los objetos carbonizados y pensó en los dormitorios. Había una puerta cerrada al final del pasillo, un tercer dormitorio en el que no había entrado. Pero no había la menor duda de que los bomberos habían estado en todos los rincones de la casa. ¡Cómo iban a dejar un dormitorio sin revisar!

—Es posible que la hija estuviera fuera de la casa —manifestó Fry—. Que pasara la noche con familiares o amigos de la familia. ¿Qué edad tiene?

El agente tragó saliva.

—Según la vecina, la tercera hija debe tener unos dieciocho meses.

Fry se mordió los labios. Odiaba cuando había niños implicados. Debería haberse ocupado de este caso otra persona. Debería haber mandado a alguno de los detectives que tenía a su mando. Pero no a Gavin Murfin. O no a él solo. Ben Cooper habría sido una buena opción. Cooper comprendía a los niños. Era experto en asuntos familiares. Probablemente habría descubierto muchas más cosas en esta casa que ella. Pero a Cooper no le tocaba hoy el turno de mañana. No siempre se tiene al agente indicado para cada caso.

Miró más allá del agente, hacia las dos bolsas de basura que había junto a la puerta. Reparó en que las bolsas estaban tan abultadas no por la cantidad de ropa que tenían dentro sino por los desagradables grumos que se habían formado al derretirse y combarse el plástico. Cuando Gavin había abierto la puerta de un empujón, una de las bolsas se había reventado, dejando ver una falda vaquera azul marca Baby Gap.

—¿Dónde está el marido? —preguntó Fry.

—En el Hospital General —contestó el agente de policía—. Sufrió quemaduras de tercer grado e inhalación de humo al intentar entrar en la casa.

—¿Ha dicho al “intentar entrar en la casa”?

—Sí. No se hallaba en la casa cuando se declaró el incendio. Creí que se lo habían dicho.

—Parece que hay un montón de cosas que nadie me quiere contar —se quejó Fry—. Es como si todo el mundo hubiera hecho un voto de silencio, o algo parecido...

Aquella mañana, el cartero Bernie Wilding llevaba retraso con el reparto cuando se acordó del paquete que tenía para Rose Shepherd. Era algo inhabitual: la señorita Shepherd no solía recibir más que extractos de cuenta bancarios y publicidad. Casi nunca llevaba nada en su furgoneta para ella.

Al final de Pinfold Lane, hizo un cambio de sentido en tres movimientos y se detuvo junto a las puertas de hierro de Bain House. Iba escuchando a Ken Bruce en Radio Two. Redujo un poco el volumen antes de bajar la ventanilla. Sacó la mano para apretar el botón del

portero automático, pero no recibió ninguna contestación. Aquello era también un poco extraño. La gente de la aldea solía comentar que la señorita Shepherd no salía nunca. Se le suponía una vida monacal, encerrada sola en aquella casa tan grande. Al menos, nunca había estado fuera las veces que él le había llevado un paquete.

Pero caviló que hasta la persona más solitaria debe hacer sus compras en algún momento. O una visita al médico, al dentista, al oculista. En fin, en cualquier caso, aquello no era asunto suyo.

Bernie garabateó un mensaje en una de sus tarjetas y se dispuso a introducirlo en el buzón, situado sobre una de las cancelas. Pero, al abrir la tapa, vio un folleto de la tienda de muebles junto con un periódico gratuito que entregaban los niños del lugar durante el fin de semana. Aquello sí que le pareció ya más raro. Aunque pasara varias semanas sin ver a la señorita Shepherd, sabía que ésta andaba por allí porque siempre encontraba su buzón vacío. Hacía bien en vaciarlo, pues, de lo contrario, podría dar la impresión de hallarse ausente. Varios delincuentes merodeaban de noche por aquellas aldeas en busca de casas deshabitadas.

Sin saber bien qué hacer, Bernie miró a través de la cancela en dirección de la casa, más allá de los árboles. Las cortinas seguían echadas, también en la planta baja. Aunque no conocía la distribución de las habitaciones en aquella casa, debía de ser el salón o algo parecido. Nadie deja las cortinas echadas durante el día a no ser que esté enfermo.

A Bernie se le tenía por un cartero rural al viejo estilo, que conocía bien su terreno y la gente a la que servía. Había oído muchas historias en las que el cartero era el primero en dar la alarma cuando alguien estaba enfermo o había muerto, sin que ningún vecino se hubiera enterado. Algo que, por cierto, a él no le había ocurrido nunca, en los quince años que llevaba trabajando para el Royal Mail. Pero, durante sus rondas, siempre prestaba especial atención a las personas mayores, sobre todo a las que vivían solas y no recibían muchas visitas. No es que Rose Shepherd fuera tan mayor, pero... nunca se sabe, ¿verdad?

Ken Bruce estaba dando ya las noticias de las diez de la mañana. ¿Cómo se le había podido hacer tan tarde? Tenía que seguir con su

ronda. Había perdido mucho tiempo por la cantidad de entregas que había tenido aquel día y por haberse quedado atascado detrás de un tractor. La señorita Shepherd debía estar haciendo sus compras en Matlock, seguro. La mañana del lunes era un buen momento para ir al supermercado. Una salida bonita y tranquila. Sólo que esta vez se le había olvidado vaciar el buzón. Bueno, ya lo haría al volver de la compra.

Bernie echó la tarjeta por la rendija y colocó de nuevo el paquete en la parte posterior de la furgoneta. Se puso al volante y prosiguió con su tarea. Se había perdido las noticias de las diez, pero no importaba: Bruce acababa de poner una canción de los años sesenta que él recordaba: *Now the Carnival is Over* cantada por los New Seekers. Bernie iba tarareándola cuando volvió a atravesar Foxlow.